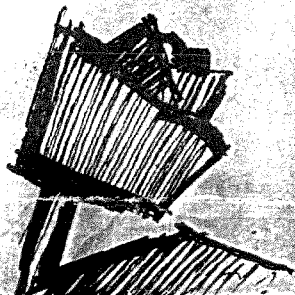
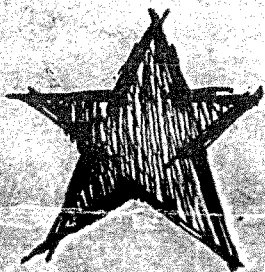
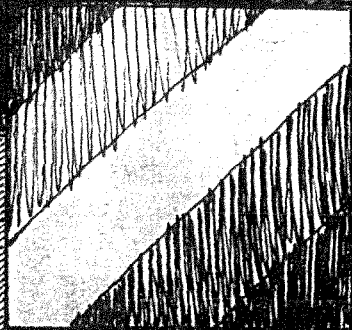
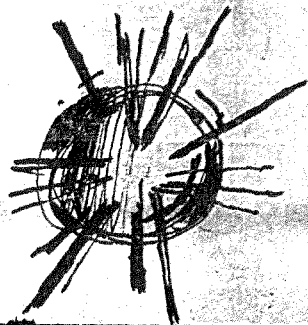


100

con los mártires
en el corazón
con el corazón
en el futuro



Liber Arce



El 14 de agosto de 1968, caía para siempre LIBER ARCE. Fue la primera víctima estudiantil, de la saña represiva y criminal con que el pachecato respondía a los reclamos y la movilización popular.

Nuestro pueblo no escapa a la historia común, la historia de la lucha por la liberación del hombre. Esa lucha asume características particulares en cada circunstancia, en cada período. Y tiene sin embargo una constante: el enfrentamiento entre las fuerzas populares con las represoras que sirven a los intereses de las clases dominantes.

En la década del 60 en nuestro país, el enfrentamiento a la oligarquía aliada del imperialismo norteamericano, crece en intensidad. La clase obrera cumple su papel rector en esa lucha como producto de un salto cualitativo: la concreción en 1966 de su central única: la CONVENCION NACIONAL DE TRABAJADORES. Eleva sus reclamos de salarios dignos y contra las medidas prontas de seguridad, instrumento del cual se valía el gobierno para aplicar a sangre y fuego su política entreguista al gran capital y la alta banca extranjera.

El movimiento estudiantil, indisolublemente aliado a la clase obrera desde las movilizaciones por la Ley Orgánica del '58, acompaña a los trabajadores y se moviliza además en la defensa de su medio natural, la enseñanza, amenazada por la reacción. El Pueblo todo se solidariza con la lucha de obreros y estudiantes porque ya comienza a comprender que es allí donde están las soluciones definitivas a los problemas del país.

Los gobiernos blancos ya habían utilizado las medidas prontas de seguridad como medio de acallar el clamor popular. Pero la represión abierta, con características de violencia hasta entonces desconocidas, comenzó con la asunción al gobierno de Jorge Pacheco Areco.

Las fuerzas represoras reciben carta blanca para actuar contra un Pueblo desarmado. Gases lacrimógenos primero y balas más tarde, marcarán el panorama general de todas las manifestaciones.

La Universidad, que tomaba partido por la justa causa popular, era blanco de todo tipo de ataques por parte de la oligarquía y el Poder Ejecutivo intentaba ahogarla, adeudándole una parte sustancial del Presupuesto.

Los tres órdenes universitarios, actuando como un solo cuerpo, se movilizan en defensa de su casa de estudios. La FEUU, como organización de los estudiantes, lideró la lucha, tomando las posturas más claramente combativas frente a la agresión.

Fue precisamente en una de las movilizaciones en que los estudiantes reclamaban el pago del Presupuesto y el pleno respeto a la Autonomía Universitaria, donde caería herido LIBER.

Trabajador y estudiante de la Facultad de Odontología, LIBER era un muchacho como tantos, con la sana rebeldía de enfrentarse a la injusticia y quienes la promovían. Militante de las primeras filas, presente en todas las luchas, estuvo siempre expuesto al riesgo. El miedo no lo detuvo. El conocimiento claro del peligro, tampoco. Sentía que su deber era estar allí, junto a sus compañeros, marcando el camino. Y allí estuvo.

LIBER encarnaba así la consigna de "OBREROS Y ESTUDIANTES, UNIDOS Y ADELANTE". Hoy, la bandera que él levantó, es enarbolada por decenas de miles de jóvenes que tienen sus mismos sueños, que anhelan un futuro de libertad y de justicia social para la patria en donde nacieron y a la que aman profundamente.

LIBER ARCE, es ya un ejemplo vivo que late en cada corazón y que nos convoca a redoblar nuestro esfuerzo y nuestra lucha por alcanzar la segunda y definitiva independencia.

Ramón Perú



Fué uno de los 120 jóvenes que ingresaron a la Facultad de Veterinaria en marzo de 1964. Venía de Paso de los Toros y era el mayor de los hermanos. El temblor de sus manos, producto de una enfermedad vascular que podía ser confundida con el mal de Parkinson, se sumaba a su aspecto humilde y a su timidez que lo hizo pasar inadvertido hasta los primeros controles en que sobresalió en su generación con las mejores pruebas de Histología y de Anatomía. Y esto no era el resultado de una inteligencia superior, sino la actitud mantenida ante la vida, la que peleaba por pedazos todos los días. "No más de quince años con ese corazón y esos vasos" constituía el veredicto médico que anunciaba su muerte.

Por mediados de ese año, la OEA decide el rompimiento de relaciones con Cuba y, precisamente, en Punta del Este. El pueblo se moviliza exigiendo dignidad a sus gobernantes y no acatamiento de la desición. El movimiento estudiantil discute el tema y sale a la calle. Perú, que así se llamó siempre en una facultad donde todo el mundo lleva apodo, comienza allí su militancia gremial en el movimiento estudiantil.

En las horas más disímiles, se dedicaba a fabricar y vender detergente para levantar la situación de su familia en Paso de los Toros. Así lo encontró el 65, cuando ingresa a la docencia en la Cátedra de Histología, luego de un concurso. Y es en ese año que ingresa a la UJC. Milita en ella hasta muy pocos días antes de la Huelga General en que pasa a integrar la nascente agrupación de docentes de Veterina-

ria, por entender el Partido que su aporte allí sería fundamental.

Así, militando en la juventud, le gana otra batalla al veredicto médico. Además, se casa, se traslada a Carmelo con su compañera, trabaja enormemente en la campaña electoral y siempre con su sonrisa humilde, con la misma sonrisa humilde con que comentaba el destino fatal de su enfermedad, redoblaba el esfuerzo y se convertía en un baluarte de la revolución en un medio tan duro como el del interior, sobre todo en aquellos momentos.

Los años del 68 al 70 lo mostraron como el abanderado de la labor pequeña y diaria en medio de la polémica y por su justeza la UJC pasó a la dirección efectiva y real de movimiento estudiantil. El fue parte importante de la piedra angular en que se cimentó la transformación.

La Huelga General lo encontró como el hombre que trabajaba denodadamente para levantar la organización de los docentes en Veterinaria. Por eso no pudo ocupar Arquitectura junto a sus viejos compañeros de la UJC, que no lo volvieron a ver más. Tal vez por eso, allí en su vieja y querida facultad, se lo veía de aquí para allá, sin descanso, con tareas que desbordaban su físico. Suplía la falta de piernas fuertes con coraje, con entrega. Y no fue su enfermedad la que le dió el toque final. Justamente, en medio de las tareas más riesgosas, lo sorprendió la muerte. Y por la espalda. Traicionera y artera como el golpe fascista que cargó la carabina.

En la hora en que la dictadura nacía herida de muerte Perú ingresaba en nuestros corazones, para siempre, como el rayo que no cesa.



Nibia Sabalsagaray

Siempre guardaré el recuerdo de Nibia tal como estaba cuando la ví por última vez. (¡Qué duro resulta escribir "la última vez"!).

Yo caminaba por 18 de Julio, una 18 de Julio con trajín de pre-Navidad, un poco, un mucho más animada que lo que ya se ha hecho costumbre en este Montevideo tristón que sólo saca a relucir una deslavada sonrisa veraniega una vez por año, cuando se acercan "las fiestas". Y en eso, de pronto, se me iluminó de veras la calle con una blanca, ancha sonrisa: allí estaba Nibia, alta, desgarbada, sonriente, linda. ¡Tan linda con toda su alegría de enamorada, prendidita al brazo de su novio!

Y en ese momento pensé que en ella sí que había alegría navideña, auténtica, con su vitalidad, sus veinte y pocos años, su energía desbordante que se le hacía risa y gesto.

Poco menos de seis meses después, un mediodía, al llegar a casa de mi madre la noticia: Nibia había muerto. Me cuesta escribirlo, creo que tanto como en ese momento me costó creerlo, entenderlo. Y después, cuando supe cómo, entonces la rabia. Esa rabia de puño apretado, de entender pero no querer creer. Esa rabia de sentir otra vez, con el dolor, la tremenda realidad de un país, de una sociedad en la que el odio mata la alegría.

Porque si hay una persona en la que se puede simbolizar la alegría, esa es Nibia Sabalsagaray.

La conocí como estudiante del IPA, integrante de un maravilloso grupo de jóvenes que "seguían" Literatura. Pude disfrutar entonces de toda su salud, de toda su frescura, de su despierta inteligencia y su disposición siempre abierta al diálogo, a la autocrítica.

Contaba la profesora con quien hizo la práctica para la docencia, que es algo frecuente, en los estudiantes de profesorado, el "miedo" a la clase. En su experiencia como profesora de práctica, tenía presente la pregunta de todos: "Y si usted llega tarde, ¿qué hago?, mire que yo no doy clase...". Muchas veces, los profesores llegan tarde para ver qué pasa, después de una larga charla sobre la necesidad de animarse, de tener contacto con los alumnos, etc. ¡Qué distinto fue con Nibia! No haría ni una semana que había iniciado la práctica cuando a la profesora se le hizo tarde de veras. "Cuando corría por uno de los corredores del liceo -nos comenta un adscripto- le dije que no se apresurara, la practicante se había hecho cargo del grupo". La había visto a través del recuadro de vidrio de la puerta: acodada en el pupitre, de rodillas en el asiento, como gurisa que era, charlaba con los adolescentes, que seguían con interés sus palabras. Cuando entró en el salón después de disculparse, le pregunté si quería seguir. Nibia dijo que no, porque "no había preparado la clase", pero había trabajado tan bien esos minutos, que la profesora pudo seguir adelante como si los hubiera dado ella misma.

Así era nuestra querida camarada Nibia, sencilla, de fácil comunicación, capaz de lograr una buena relación con los alumnos en un ratito. Una verdadera profesora nata. Fueron "famosos" los comentarios del tribunal que juzgó su última clase en el IPA. Como así también la frase con que uno de los profesores que integraron ese tribunal recibió la noticia de su muerte: "¿Acaso me están diciendo que la mataron es aquella muchacha que dio aquella notable clase sobre Shakespeare? ¡No, no, no es posible, díganme que me equivoqué!".

Pero no se había equivocado. El odio mata sin ver, mata sin personalizar, siempre que mata hiere a alguien en quien sigue viviendo la víctima, pero quizás nunca mató a alguien que viviera tanto, en tantos, como Nibia.

Su brillantez intelectual es lo primero que surge en mi recuerdo, pero no era la única virtud de esta muchacha que supo hacerse amiga de todos aquellos que tuvimos la suerte de entablar relación con ella. Tampoco fue la menor de sus virtu-

des, esa inteligencia brillante, ya que aunque pueda parecer una virtud bastante natural en quien sigue una actividad intelectual, tiene singular relieve en esta muchacha del Interior, de muy humilde horigen que era Nibia. Efectivamente, para ella, el ejercicio de su vocación, tan fácil para la mayoría de los jóvenes que llegan al Uruguay a los estudios superiores, fue un camino particularmente costoso, ya que por la extracción humilde de su hogar -padre obrero, pueblito del Interior, muchos hijos-, el camino más fácil hubiera sido la deserción. Pero Nibia, a la par que una clara inteligencia, poseía el don de la persuasión y una rotunda tenacidad para todo lo que se proponía. Así fue que, a pesar de los prejuicios de la familia que veía las tareas intelectuales como "poco femeninas", Nibia cosechó en sus estudios secundarios, no sólo excelentes calificaciones, sino el respeto de sus profesores, lo cual le valió la posibilidad de dictar clase en el Liceo de su pueblo durante un año (en Literatura e idiomas). Quizás podría haber continuado en esa tarea, ampliándola con el tiempo, ya que es frecuente que en los liceos de las pequeñas localidades se ingresara por esta vía directa. Pero Nibia no quería "lo fácil". Ahorró el dinero ganado (no mucho, por cierto) y de él vivió el primer año de su residencia en Montevideo, gracias a la hospitalidad de una tía y a una austeridad casi espartana en su forma de vivir.

Cuentan los amigos que le costó bastante conseguir el permiso de su padre y finalmente lo consiguió, tras una larga arenga sobre la vida, los logros, el egoísmo y la libertad, cuya elocuencia juvenil ella misma recordaba sonriendo.

Y se vino a Montevideo, con su atadito de ropa: "Nadie se fue antes que yo, primera exploradora que salía de (útero-casa patriarcal) la casa, al mundo". Así lo recuerda Nibia en

uno de sus cuentos, con ese entusiasmo de aventura maravillosa con que enfrentaba todas las cosas de la vida.

Ella siempre decía que su apoyo moral para esta decisión había sido su abuela. Nibia perdió su madre siendo muy niña. La abuela crió a los cuatro muchachos (tres niñas y un varón). esa maravillosa abuela que domina con su aire matriarcal y su "olor a leche agria" en los cuentos de Nibia y que siempre le tuvo confianza y la animó.

De su vida en su pueblo natal, es la imagen de la abuela la que predomina en sus comentarios, y es la vieja casa, "de la que nunca me fui del todo" la que puebla sus cuartos vacíos y descascarados con todo ese mundo pleno de la imaginación de Nibia, el mundo de los "tesoros" infantiles, las charlas con el hermano, las "siestas calientes del verano, con fantasmas que invitaban a comer sandías o a leer novelas o a saltar y gritar en las parvas. Ese mundo que sólo conocemos a través de la creación de nuestra querida amiga, pero que es tan vívido que nos parece que en él la vimos correr y saltar descalza.

¿Por qué será que siempre me viene la imagen de Nibia con los pies descalzos? No es ciertamente, la imagen del descalzo humilde, es la imagen que asocia pie-descalzo-libertad, que hace pensar en grandes espacios verdes, en espacios reales y también en espacios interiores, en espacios libres del alma. Porque, ¡qué libre era Nibia! Era esa quizás su característica más sobresaliente y el secreto de su alegría. Y no era que Nibia estuviera siempre alegre en el sentido vulgar de la palabra. Era la suya otra alegría, la de la salud, la que da la confianza en sí mismo y en los demás, y que a ella le sobraba. Y así se desesperaba cuando alguien que gozaba de su amistad discrepaba con ella. Claro que esto era difícil, porque Nibia era tan clara en todo lo que hacía que no era fácil estar en desacuerdo con ella. Lo que con más frecuencia ocurría era que la "rezongáramos". Porque era, entre todas estas cosas muy niña. Cuando no "veía" la necesidad de algo, desaparecía toda su capacidad de acción, y, como gurisa chica, presintiendo que algo andaba mal, consultaba a todo el mundo lo que debía hacer. Recuerdo una vez que sus compañeros del IPA, yo, todo el mundo, tratábamos de convencerla de que debía buscar trabajo. Ella seguramente, no veía una razón de peso para ello, ya que, como dije, vivía con muy poco y no se quejaba. Y era de esas personas que viven apasionadamente y no pueden dedicarse a una tarea si ésta no está de acuerdo con su razón de ser. Los demás pensábamos que tenía que hacer algo para vivir más cómoda-

mente y ella reconocía que teníamos razón, pero aducía que no encontraba trabajo y andaba pidiendo a todo el mundo que le encontrara alguno. Y ahí venían los rezongos y los sermones y Nibia nunca se enojaba, aceptaba, leal, las críticas, pero se salía con la suya.

En cambio, ¡cuánta pasión y paciencia para lo que le importaba! Y esto no era sólo, con respecto a sus estudios, en los que por cierto su pasión le requirió muchos sacrificios, sino también en su militancia que ocupaba el primer lugar en su vida (y por cierto que muchos de los "rezongos" eran para hacerla entender que no debía relegar tanto sus estudios por la tarea revolucionaria). Porque Nibia era una verdadera comunista, "cabeza fría y corazón caliente", de esas que se encuentran pocas veces. Esto era totalmente coherente con su origen proletario, con su carácter sincero y apasionado. Y fue con toda la sencillez de su espíritu que Nibia entró en la Juventud Comunista.

Casi todos militábamos en la UJC -recuerdan sus compañeros-. Nibia militaba junto a nosotros pero aún no integraba nuestra filas. Pensábamos proponerle que se afiliara, pero creíamos que era todavía prematuro. Entonces, un día, Nibia nos dice: "Ché, ¿por qué no me afilian?". Y se afilió. Así era ella de simple. Cuando le parecía justo lo reconocía lisa y llanamente, sin vueltas ni argumentos intelectuales a los que no veía sentido. Porque Nibia era una intelectual en tanto el término denomina al que trabaja con su intelecto, no en tanto denomina al que adopta una actitud mental rebuscada.

Ella era fresca y directa, y con esa frescura abrazó la causa de su vida. Ese "Ché, ¿por qué no me afilian?", tan espontáneo y sencillo me recuerda una anécdota de Nibia que aparentemente no tiene nada que ver, pero que la define entera en ese sencillo modo de aceptar la vida. Una vez alguien le comentó qué hermosos dientes tenía (era así en verdad, blanca, parejos), a lo cual ella contestó: "¿Sí? Debe ser nomás porque todo el mundo me dice lo mismo". Con esta llaneza transcurrió su vida en Montevideo, llena de recuerdos de su pueblo natal entre "los autos de 18, las luces de los semáforos, las escaleras del IPA y las moscas del Sabará", plena de la lucha cotidiana que forma parte de la vida del militante, la pelea por el trabajo, por la reivindicación, por la medida gremial que no sale, por la vida misma, llena de llantos ("Domingo de tarde") y de alegrías. Plena de toda la riqueza de su imaginación, de su sensibilidad para "sentir" la ciudad.

A veces siento que Nibia "sintió" a Montevideo mucho más que los montevideanos, sobre todo cuando releo "Mañana en que llequé tarde a clase porque perdí el libro de psicología en la Catedral". Y como buena apasionada, como muchacha sensible, hacía sentir a los demás, contagiaba. Su alegría, su candidez, su fervor revolucionario. Pienso que Nibia debe haber "contagiado" a muchos jóvenes haciéndolos entrar a la lucha. Pero hizo más, contagió a su padre, le dio a ese duro obrero del interior conciencia de clase, y perdió por ello su trabajo, como lo recuerda la hija en uno de sus cuentos.

Muchas veces, recuerdo, faltaba a clase. Nunca era por problemas personales, siempre era porque había tenido una entrevista, una reunión, un contacto inpostergable. Y con la misma alegría se entregaba a la vida. No teniendo tarea era siempre materia dispuesta para tomar un café y charlar un rato, o para caminar por la calle, o para una partida dominical con las amigas. Me acuerdo de su risa sonora, de sus comentarios sagaces, de su constante animación. Y no era, como ya dije, porque no viviera los problemas. Recuerdo que una vez, que "andaba mal", me decía: "Sabés, es muy embromado para un joven empezar a vivir ahora, porque todo lo que iniciaste se te trunca en definitiva por la falta de posibilidades. Por eso que a veces uno piensa si no es mejor dar vuelta definitivamente las cosas y después ponerse a estudiar". En esos casos, por menos de una cita de Lenin no se le hacía cambiar de idea.

Nibia había cumplido 24 años. Había terminado su carrera en el IPA, se había enamorado y proyectaba casarse en octubre de 1974. Incluso, soñaba con seguir estudiando al tener tarea fija y situación económica solucionada, su otra entrañable vocación: la Medicina.

Pero la mataron.

NO sé si diciéndolo con esa brutalidad se podrá transmitir toda la fuerza del golpe, todo lo que se segó con su vida. La mataron torturándola para arrebatárle información que no dio. Nibia murió fiel a su ideología y a sus camaradas, fiel a sí misma. Supimos más tarde por un preso que la vio, cómo la sacaron para interrogarla, cómo la volvieron al rato a la celda, imposibilitada de caminar por sí sola pero viva. Cómo la dejaron tirada en el piso y cómo después no respondió a los gritos de uno de los guardias que pretendía despertarla.

Cuando me pidieron que escribiera algo sobre Nibia sabía que iba a ser tarea difícil. Nunca pensé que lo fuera tanto.

No se puede comentar sus páginas, hay que leerlas. No se puede hacer un retrato de su persona. Habría que haberla conocido.

En ella quedó más que nunca demostrado que no se puede apresar la libertad, torturar la alegría, quebrar la lealtad, matar la vida. Porque Nibia está viva. Viva en el recuerdo que de ella queda. Viva como Liber, Hugó, Susana, Mendiola, Abreu, Peré y tantos otros, vivos todos en nuestra lucha, en nuestro diario quehacer, en el devenir del movimiento liberador de nuestra patria.

CARTA A NIBIA SABALSAGARAY

Querida camarada, si supieras
qué cosas me recuerdas.

Me recuerdas el tiempo del café

y la limpieza -escoba y palo-, en el umbral del IPA.

El olor restañado del frío, el olor matutino

y primordial, el olor vespertino del cigarro.

Las voces de nosotras y las ropas unánimes que usábamos
como estandartes mudos

y emblemáticos.

Las asambleas plenarias como colosos
faros.

Tu repentina risa compañera, campesina y rubana.

Y el mar -légamo triste-,

paisaje familiar patibulario,

el mar ancho y portuario.

Te recuerdo preciosa, fresca y rosa.

Te recuerdo, novísima y pretérita.

Te recuerdo, subiendo y redactando.

Saúl Facio



SAUL FACIO comenzó desde muy joven a trabajar, y contó con el aliento de sus amigos para que continuara sus estudios en el liceo. Su oficio de locutor de radio, lo alternaba con el de guarda de ómnibus. Sus compañeros de aquella época lo recuerdan en la lucha solidaria con los cañeros como presidente de la Asociación de Estudiantes del Liceo. Esa actitud responsable y solidaria como militante y como dirigente estudiantil hizo que se ganara el respeto y el aprecio de los integrantes de las distintas tendencias políticas. Fue allí en Salto donde se afilió a la UJC, y llegó a ser Secretario General de la organización en el Departamento. Después vendrían la Facultad de Humanidades en Montevideo y su delegatura en la FEUU.

Vivía en la capital, pero el norte reclamaba su presencia. Así en el verano de 1971, va a Bella Unión a formar la Agrupación del Partido en aquella zona. Con militantes ya afiliados al Partido y con otros que se incorporaban con su prédica y su ejemplo, levanta la Agrupación y la deja funcionando.

Nuevamente en Montevideo, pero preocupado por que los asuntos que se encomendaban surtieran el efecto esperado y en conocimiento de que los compañeros de Bella Unión tenían una firme convicción revolucionaria, pero una escasa experiencia partidaria, hace su mochila, reúne los libros y parte al norte otra vez.

En la capital quedaba el futuro universitario, a Bella Unión iba quien había unido para siempre su condición de ser

con su vocación profundamente revolucionaria.

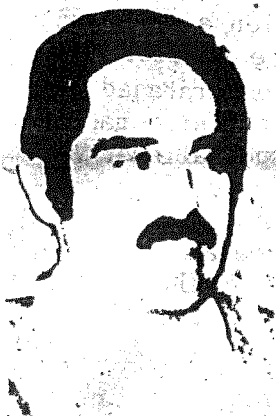
Ahora comenzaba a trabajar como profesor liceal y por supuesto, a militar en el gremio. Volvió también a su oficio de locutor y contribuyó a organizar el Frente Amplio. Tuvo un papel destacado para que el sindicato de los trabajadores de Calnu abandonara su amarillismo, al que había sido ganado por la inversión de recursos por parte del imperialismo. Así con la unidad de todos los trabajadores triunfa la línea combativa y clasista en las elecciones sindicales y se revierte la situación. De esa forma el sindicato acompaña la Huelga General. Crece paralelamente el prestigio de Saúl, que se convierte en la voz de la resistencia.

Vendrán entonces los años duros de la represión en la zona. Saúl se mantiene, organizando, dirigiendo, alentando, hasta que el 5 de diciembre de 1976 lo alcanza la saña fascista.

Todavía se conservan por allí (como tantos otros tesoros que guarda el pueblo de los años de la resistencia) cassettes grabados de sus audiciones de radio. Están sus mensajes a los frenteamplistas; a los gremios de la zona, sus llamamientos a la unidad a blancos y colorados para enfrentar a la dictadura, certificando la derrota de la barbarie.

Su cadáver lo entregan el día 16, junto al de otro frenteamplista Dante Porta. Es que en la cárcel no se vende ninguno. Incluso para defender a compañeros que habían ingresado recientemente a la lucha y tenían una situación complicada Saúl se adjudica de la responsabilidad de los cargos que a otros se les hacía.

Su ejemplo fue precisamente el que llevó en la etapa final de la dictadura, a que los compañeros que le habían rodeado, salieran a la calle a exigir la llave del Comité del Frente Amplio, ratificando que no hubo olvido, y que lo sembrado espera nuevas manos para ser recogido.



Miguel Mato

Un hombre, puede detenerse en un bar y tomar una grappa mientras fuma un La Paz suave. Puede ser cualquier fecha y puede también ser enero de 1981. Y si es esa fecha, y si el hombre viene caminando desde lejos y pasa la mano por el hombro de quien lo acompaña, con una sonrisa fraterna en los labios, y le dice "decime Tito" o "me dicen Gordo"; y si escucha con paciencia los problemas de la UJC en las escuelas de Electrónica, Electrotécnica y Construcción; y si va tejiendo con el otro los sueños clandestinos de una democracia recuperada donde los rostros salgan a la luz, ese hombre se llama MIGUEL MATO.

Así anduvo Miguel, que como el CHE, no fue derrotado por el asma, que fue detenido y está desaparecido desde el 29 de enero de 1981. Tendrá que venir con su sonrisa a cuestras, tendremos que saber a donde fue ese obrero de FUNSA, ese militante clandestino. Por él, por todos, verdad y justicia.

Precisamente uno de esos chumbos llegó al corazón de Hugo. Un chumbo pequeñito, y sin embargo toda la muerte. Tres horas después, a eso de las 8 de la noche, las radios anuncian su fallecimiento. Nada pudo hacerse contra aquel chumbo en el centro del corazón, que aún late junto a nosotros, anunciando la primavera...

Silvina Saldanha



Un amigo muy cercano cuenta que ella llegó tarde un día a su edificio y no se animó a entrar por temor a despertar a los gurises. Así, acurrucadita de frío, con poco abrigo la encontró este compañero cuando salió a las siete de la mañana por su trabajo. Ella era Silvina Saldanha.

Le costó mucho llegar, pero pudo cursar la Escuela de Servicio Social. Su familia era muy humilde y vivía en el interior.

Con ayuda de sus amigos y con una decisión que contrastaba con su físico pudo estudiar. Con muchas dificultades de instrucción, le restaba horas de descanso para leer los documentos de la juventud y analizar la realidad universitaria en los años anteriores al golpe. Cuando sobrevino el fascismo, lleva adelante la tarea de finanzas, afrontando los riesgos que la misma implicaba, en tanto consistía en uno de los frentes más perseguidos. De esa etapa se recogen anécdotas de que a pesar del visible agotamiento que preocupaba más por la salud de los hijos de los camaradas que por la suya propia. Día tras día había mas distancia entre su debilidad física y su perseverancia.

Para sobrevivir trabajó muchas veces como sirvienta y otras en fábricas (compañeros del gremio de la Aguja hoy la recuerdan). Los ojos le brillaban cuando se trataba de defender los principios pero nunca perdía su mirada serena. Esta característica fue tal vez una de las razones del dinamismo que con ella tuvieron en la tortura, donde fue asistente.



Susana Pintos

En la madrugada del 21 de setiembre de 1968 SUSANA moría herida por los chumbos que el pachecato disparará contra los estudiantes el día anterior. Es imborrable aquella sonrisa que ni siquiera la muerte apartó de su rostro. Sonrisa de primavera. Sonrisa de muchacha joven. Sonrisa de revolucionaria, de comunista. Tan parecida, tan sabedora del triunfo futuro, tan segura, que nos recordó a la del Che Guevara. Porque también el Che supo sonreír mientras sus asesinos lo dejaban desangrarse.

Morir, se muere de mil maneras, pero cuando un revolucionario cae en la batalla, sabe que no está muriendo aunque se muera. La vida es hermosa y Susana la amaba con toda la fuerza de su juventud. Jóvenes años, de trabajo, de estudio, de militancia. Juventud que sabía de cantos y guitarras, de trasnochadas bullangueras donde se mezclaban los Beatles con Gardel, la España Republicana con la Cuba Revolucionaria, Joan Manuel Serrat y los Olima. Noches de sábado, idas al cine y volver cantando. Noches para enamorarse y ver el cielo más amplio y sentir que todo empieza renovado junto al amor nuevo, recién inaugurado. Ratos para hacer poemas, distraerse en clase, soñar un poquito y dibujar un nombre y darse cuenta y correr pronto la página con algo de vergüenza por la chilquilinada.

Tiempo de sentarse en un boliche y charlar con los amigos o quedarse en silencio viendo pasar la gente detrás de los cristales.

No le gustaba la Iglesia del Cordón...

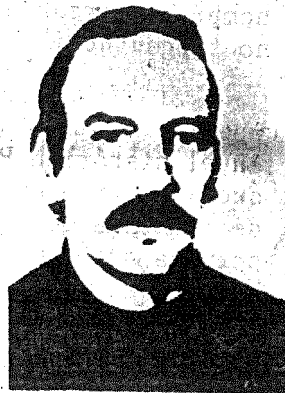
cuela clausurada, no encontramos mejor cosa que reunirnos allí y -como era previsible- la mayoría marchó "en cana" "Se los dije -fue su comentario- Dios casi, casi que es marxista, pero a los monaguillos todavía les falta".

Un día pidió la afiliación a la UJC, junto a la que había militado un año y otro; y cuando le dijimos cuánto habíamos esperado ese momento dijo: "tuve que vencer muchos prejuicios, conocerlos de cerca para acabar con ese anticomunismo que nos meten. Vengo con mil defectos, compañeros, pero no fallaré".

Y no falló en su vida de joven comunista, en su generosidad de camarada, en su vocación unitaria y fraterna. No falló en la entrega diaria por transformar el mundo de base, como resume el himno proletario.

Y siguió siendo la joven alegre y preocupada, la joven que gustaba mezclar cantos, pasear con paso menudo por las calles de la ciudad. La joven que soñaba versos y manteles a cuadros para poner la mesa de su casa. La enamorada, la hija, la hermana. La entrañable compañera SUSANA. La camarada

Omar Paitta



OMAR PAITTA llegó desde muy joven, tan sólo tenía cinco años, desde su Mercedes natal, a radicarse en los alrededores de la ciudad de Las Piedras. Rincón del Colorado primero, y luego en el barrio "El Molino". Aprendió en la calle, junto a los trabajadores a curtirse, "yugando" para parar la olla en su hogar. Como canilla, vendiendo "chimentos", como carnicero, como panadero, y finalmente como peón de albañil. Es desarrollando esta actividad que se transforma rápidamente en dirigente juvenil del SUNCA.

Toda esa vertiginosa vida contra la miseria y el hambre fue desarrollada con auténtico optimismo. Desde los doce años tiene que hacerle gambetas a la vida, pero aprende rápido, sabe, olfatea desde joven quiénes son sus hermanos de clase y de lucha. Combina su actividad juvenil y sindical en el seno del propio barrio, y su club el "Independiente" del barrio El Molino lo cuenta siempre para las actividades de los fines de semana.

OMAR es el padre de Tania, que nació en el otro Uruguay, el del cielo limpio al que ensombrecieron un día, pero que no pudo impedir que Katya y Nadia iluminaran este pedazo de tierra, que alimentaran la esperanza y la fe de este pueblo.

OMAR PAITTA adquirió bigotes un día y se le fue espesando porque también, como todos los uruguayos asumió un compromiso de lucha contra la noche negra, contra el fascismo, contra la oligarquía y el imperialismo.

OMAR tomó el camino de la lucha defendiendo a su clase obrera porque comprendió que solamente con la lucha que

ella levanta es posible unir a todos los trabajadores, a la gente honesta, acabar con la explotación del hombre por el hombre, y crear un mundo mejor, para que los niños del futuro no tengan que "yugar" desde los dose años como él.

El 21 de setiembre de 1981; casi un año después que el pueblo uruguayo dijera su NO rotundo a la dictadura fascista en el histórico Plebiscito, OMAR caía en manos de los asesinos que hoy se pretende amnistiar. Su delito: amar a su pueblo, desear para su clase obrera un destino sin explotación, luchar por una auténtica democracia en la que el hombre sea amigo del hombre.

Aquel 21 de setiembre, a pesar de ser una fecha peligrosa al igual que los 1º de Mayo, o los 27 de Junio, "Nito" salió igual que siempre con su mochila a cumplir con sus tareas de padre, trabajador y revolucionario. Atrás quedaban sus compañeros y tres cachorros. No hay noticias de que se lo haya visto nunca más.

Una vez, durante la dictadura, cuando un grupo de compañeros tuvieron que pasar a la clandestinidad, le preguntaron a OMAR: ¿Y ahora cómo nos vinculamos con el Partido? Contestó: "Escúchen la voz de la clase obrera y ahí estará nuestro Partido."

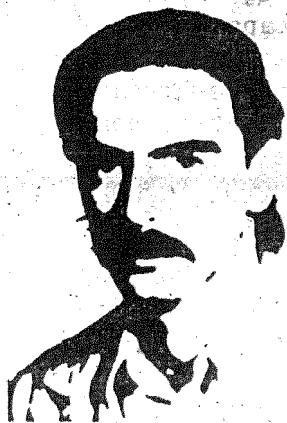
Luis Alpuin



Quiso ser de los primeros en ir a combatir a Nicaragua. El exilio le generaba una inquietud interior que lo impulsaba a la primera línea, a combatir, a darlo todo. El exilio no le gustaba, estarse quieto menos. Tenía casi 31 años, obrero, textil especialista en diseño y estampado, militante del seccional 14 de la UJC, destacado cuadro de propaganda, llegó en febrero del '84 a Nicaragua integrando una brigada para recolectar café, fueron trasladados a Matagalpa la retaguardia de la zona donde actúa la contra. No pudo estar con el Meme y eso le dolía. Llegar a Nicaragua no había sido fácil, habían tenido que esperar varias semanas, escaseaba el combustible de avión y la contra seguía actuando. Estaba impaciente, quería volver al Uruguay y no se podía, había que convencerlo, frenarlo, explicarle. Quería ir a Nicaragua y dio la batalla con todo el mundo para lograrlo, ya que no podía volver a su país. Respiraba el internacionalismo hasta sus últimas consecuencias, con su alegría, con su inquietud, con sus bromas permanentes. Entre los brigadistas que llegaron para la recolección de café había un ingeniero agrónomo, un ingeniero electricista, un experto en informática y un Luis Alpuin. Tenía la capacidad, el chispazo para encontrar el humor en las situaciones más dramáticas, no podía estarse quieto, ni callado, bromeando siempre. Dormía en el suelo, se llenaba de garrapatas, tomaba agua de arroyos, recolectaba café. Un día los vió un comandante de región, de la sexta. Nicaragua está dividida en 6 regiones político organizativas incluyendo economía y la estructura militar. Les preguntó quienes eran, de donde venían. En esos momentos los uruguayos cambiarían de tareas, había otras necesidades, poner en funcionamiento un taller, reparar camiones,

vehículos y ellos podían. La comida seguiría siendo la misma, frijoles y arroz, racionada. Luis trabajaba en una zona de riesgo donde actuaba la contra. Debía recuperar vehículos que habían sido averiados en los enfrentamientos. Era padre de dos hijas, a las que les escribe con la alegría de un joven, que por fin logra integrarse a los sandinistas. Luis viajaba junto a tres veteranos sandinistas que habían combatido junto a Tomás Borge, por una zona asediada de las emboscadas de la contra. Iban en un jeep a alta velocidad. Así se debía conducir en esas zonas. Sufren un accidente al chocar con un tronco en el medio de la carretera, el jeep da varias vueltas y se estrella. Junto a los otros tres sandinistas muere Luis. Se le da el alto grado de combatiente Sandinista y es enterrado con honores y guardias militares. Era hijo de una modesta familia obrera, militó en propaganda junto a Pisani, quien fallece en Angola, su mejor amigo. Junto a su compañera que se gradúa de ingeniero químico viven el exilio y ven crecer a sus dos hijas en su patria adoptiva.....

1986 Setiembre; Tomás Borge: "3 millones de abrazos de 3 millones de nicaraguenses para 3 millones de uruguayos....."



Alvaro Balbi

Cuando lo detienen tenía 32 años (1975). Tenía 4 hijos: Ariadna, Pablo, Andrea, Alondra. Dos días más tarde le comunican a su familia que debe ir a buscar su cuerpo, pues "había muerto de un ataque de asma".

Vivía en el barrio de Lezica. Allí viven sus hijos. En la zona hay niños que llevan su nombre, como sencillo pero hondo homenaje de quienes lo conocieron. Muchos de ellos, sus vecinos no comunistas, recuerdan sus características. Coinciden en que sabía escuchar y que tenía una excelente relación con los más jóvenes. Su casa era permanentemente visitada por compañeros que buscaban sus orientaciones. Con una ternura muy honda encontraba siempre tiempo para hablar un rato con sus hijos. Trabajaba de mañana en una empresa particular, militaba y aún así se daba tiempo para tocar el piano y componer.

Un compañero que debía viajar a Buenos Aires en plena dictadura a fines del 74 es acompañado por Alvaro hasta el vapor de la carrera. Al darse cuenta de que viajaba sin abrigo, y a pesar del frío reinante, se quita su propio saco para dárselo.

Dejemos hablar a su padre, en la carta enviada a Bordaberry y a Sanguinetti.

Sr. Presidente Sanguinetti:

Como Ud. comprenderá, estaba yo escribiendo en estos términos pidiendo, -exigiendo- al Presidente

de la República en 1975, justicia ejemplar para los asesinos de mi hijo. Alvaro, joven honesto, empleado, artista de mérito, tronchado en plena etapa de maduración y de creación con una culpa de gravedad: estar reunido como joven comunista, con otros camaradas, en procura de encontrar salidas para su diaria, permanente defensa de las libertades públicas.

Y comienzo de la misma manera esta nueva carta, porque la presidencia de Bordaberry era en ese momento la presidencia del fascismo que desde luego no respondió mi carta: tampoco la implicada justicia militar ni el colegio de generales preponderante. Y luego de esperar diez años la caída de la dictadura y un año más la consolidación de la democracia, en los mismos términos debo apelar, y con mayor razón y derecho, porque la ley debe recobrar toda su vigencia y no ser desatendida ni violada. Máxime que vengo reclamando sencillamente justicia.

Señor Presidente Bordaberry:

Era mi hijo como Ud. ve, muy joven. Los médicos que le trataron por males comunes y corrientes pueden decir a Ud. que, de complexión delgada, era sano y fuerte. Desde luego no padecía ésta ni otra enfermedad crónica alguna. Su característica -y de esto hay incontables testimonios- era la alegría, el ánimo contagioso, y la actividad. Trabajaba ocho horas, y aún más, en un cargo de gran responsabilidad, estudiaba en el Conservatorio Nacional de Música con el propósito de ingresar a la Sinfónica Nacional, y era un alumno distinguido. Con estudio completo de piano, conocimiento de violín, guitarra y otros instrumentos, había comenzado a estudiar hace alrededor de un año el fagot con la idea mencionada. Frecuentemente no almorzaba a mediodía para estudiar con su profesor de piano en experiencias sobre el encordado, que le apasionaba. Componía música. Las exigencias de nuestro sistema de vida le dificultaron más como creador singular, porque tenía familia numerosa y era pobre. No era muchacho, convenga Ud. conmigo, en situación de morir por enfriamiento y un ataque de asma del que no sufría como no padecía ningún otro mal.

Pero hay más, Sr. Presidente: cuando retiré sus

ropas del hospital, incluyendo su anillo de esponsales, me entregaron sus ropas interiores, pullover de lana, traje entero, sobretodo, zapatos de invierno.

¿De dónde proviene el enfriamiento? ¿Un enfriamiento capaz de provocar la muerte a un hombre joven y bien nutrido, de buena salud? ¿Hubo torturas, Sr. Presidente? ¿Por qué estaban sus ropas como 'embarradas'? ¿Por qué su cabeza vendada?

Señor Presidente:

Ante testigos, el Sr. Comisario Tellechea, del Departamento 2 de Policía -no conozco bien si éstos son los títulos exactos- me dijo que él era una persona derecha y que me aseguraba que no tenía ninguna responsabilidad en el hecho, del que estaba a cargo por simples razones administrativas. Yo antes había hablado una sola vez con el señor Tellechea y no tengo por qué no dar fe a su palabra. No tengo ningún inconveniente en declararlo, aun públicamente. Por eso creo que dijo la verdad cuando agregó, eso si textualmente: "ese mochuelo me lo metieron a las doce de hoy". Eran las cuatro de la tarde, más o menos, del día 2. Yo me pregunto, Sr. Presidente, qué quiso decir el Sr. Tellechea con su natural llaneza, con esa expresión usada a modo de "slang" policial. Para mi, "mochuelo" suena como algún mal encargo, como algo que se arroja sobre otro para no verse comprometido.

Sr. Presidente:

No acuso. Digo que puedo yo pensar y sentir. Todas las circunstancias me muestran que mi hijo fue muerto en dependencias de las Fuerzas Conjuntas.

A Ud. toca determinarlo. Pero quiero decir lo siguiente: en el Uruguay la pena de muerte no existe. Ni la más alta dignidad judicial, hasta frente al mayor criminal y al más grave delito, puede condenar a muerte al peor de los reos. NADIE TUVO DERECHO A MATARME A MI HIJO. Sólo la impunidad más absoluta pudo amparar el crimen, así fue como a veces se sufiere, porque se le fue la mano.



Hector "Meme" Altosor

AL HEROICO PUEBLO DE URUGUAY

Jóvenes de Uruguay, hombres, mujeres, clase obrera de ese sufrido pueblo:

Pueblos de América que luchan hasta la muerte por romper las cadenas de la explotación, que luchan por expulsar al agudo flagelo del imperialismo:

A Uds. hermanos, voy a exponer uno de los ejemplos más hermosos, de los muchos que se dieron en la lucha armada de mi pueblo nicaraguense, dirigido por su vanguardia: el FSLN.

Ese ejemplo lo llevo aquí en mi conciencia, va pegado en el fondo de mi retina. En los duros combates que se dieron en el frente de guerra, al Sur de Nicaragua, Frente Sur, Benjamín Zeledón, conocí a un hombre. Lo conocí con aquel calor de hermano, con aquella franqueza que sólo es característica de los revolucionarios, de los que dan su sangre bordada de hermosa sonrisa para liberar a los oprimidos.

Este hombre, este hermano, este compañero, era Pedro, Pedro el Uruguayo, me dijo cuando lo conocí, estrechándome la mano con su nervudo brazo. Lo pude ver, fijos los ojos, brillantes, chispeantes, llenos de vida, llenos de coraje, totalmente embargados de profundo sentimiento.

El y yo estábamos al mando de un grupo de Rebeldes, y qué bien nos entendíamos, ese grupo de Rebeldes con el estómago vacío con calentura, con los ojos dilatados por el desvelo, sucios, hediondos y con el fusil cargado con cariño, porque

ese fusil disparaba con rabia, con rabia revolucionaria.

En las batallas el combatiente necesita ternura, necesita amor. Esa ternura y ese amor se manifiestan en la mano dispuesta a ayudar al compañero que resbala en un camino difícil, cuando tiene al enemigo encima. Ese amor se manifiesta cuando se reparte un pequeña latita de leche condensada entre más de cincuenta hombres.

Y ese amor repartía Pedro en los combatientes. Es que le conocía una mirada tan amplia, serena y sencilla, que le daba confianza y más valor a la tropa.

Pedro, Pedro la sombra, Pedro el vigilante, pues cuando le tocaba descansar no lo hacía. Como el audaz felino recorría los puntos donde los demás jóvenes hacían su guardia, llevándoles calor, dejando seguridad y confianza cuando les ponía su mano de hermano sobre el hombro. Luego se iba donde estaba yo al puesto de mando, allí deliberábamos sobre la situación. El me escuchaba y al final sacábamos conclusiones.

"Los quiero mucho a todos", decía abrazando a un compañero que ayudaba a hacer el rol de posta. Yo le quería, me gustaba verle. Era un hombre radiante, dinámico, me llenaba de gozo, pues entre él y yo había algo en común: queríamos a nuestros combatientes, como el padre al hijo, como hermanos puros. Esa relación que tuve con él, colmó e hizo más sólida mi convicción, era conjugar el combate con las tareas domésticas. "Pedro, no hay comida, voy a bajar con unos hombres a ver qué consigo, hacete cargo de la situación". "Sí hermano -me decía- anda, aquí estaré como si estuvieras tú". Tal vez yo no pasaría la noche con él, porque era peligroso un choque con nuestras mismas fuerzas, en la mañana había comida para todos, subía donde Pedro, con sus ojos dilatados de no dormir y me rendía el parte. "Está bien hermano, vamos a comer". Pero Pedro vigilaba que todos estuvieran comiendo, que nadie faltara y luego comíamos. Se recostaba un poquito y sobando su fiero fusil se dormía. Se dormía, pero él había sembrado tanto cariño que los compañeros se turnaban para vigilarle su suave sueño. Yo me deleitaba viéndolo dormir, miraba a mi alrededor, monté, silencio y olor a pólvora, ese olor mortuario que dejan los moreteros, y en mi mente recordaba entonces las cosas que Pedro me decía: de su familia que tanto quería, de su tierra, de su posición ideológica, de las corrientes filosóficas. Eran largas las charlas que sosteníamos al respecto.

En otras ocasiones, le decía que fuera a ver qué conseguía de comer. Pedro, Pedro el amigo, yo tenía que escogerle los hombres, pues todos querían ir con él, y bajaba por ese río, por ese camino, pero cuando subía, su espalda remojada de sudor, su frente, su cara bañada en sudor, pero sus ojos brillantes y su risa de triunfo me indicaban que había otra vez comida para todos.

¿Vieron Uds. lectores de América Latina, vieron hermanos de Uruguay, los días que Pedro y yo vivimos la hermandad que nos unió, la lucha que seguimos? Es una historia grabada nada más que en los montes que nos vieron luchar, en mis ojos, en el viento que respiran los niños de mi país, en el beso que dejaron las madres a sus hijos y en la flor que revienta con vida en el amanecer de mi pueblo.

"Pedro -le dije una vez- prepara una escuadra, hay que cumplir una misión". Eligió los mejores hombres, al frente iba él, a cumplir el operativo; una vez que le puse al tanto de todo el plan, Pedro marchó, le vi perderse entre el monte. Los momentos eran de inquietud. Como a la media hora, el lugar donde fue Pedro se volvía un infierno, la montaña traqueteaba, los fusiles cantaban sol de libertad, escuchábamos deliciosamente los bazukazos disparados por un bazuquero que llevaba Pedro. "¡Viva Nicaragua Libre!", gritaban los muchachos que estaban conmigo, y se hacía un contagio colectivo. El combate se raleaba, silencio, tiros esporádicos. Tiempo, mucho tiempo. De pronto divisé el grupo de rebeldes. Como tenía que atravesar un claro, di orden de abrir fuego de protección, empezaron a subir los compañeros, uno, dos, tres, todos emocionados. Al final venía Pedro cargando con otro compañero, un combatiente herido. Lo habían herido en la pierna, el bazuquero de Pedro fue rasguñado en un hombro.

Pedro estaba feliz. "Los quebramos a los malditos" -decían los compañeros. Empezaron a contarnos y nosotros saboreando los relatos del combate, el parte que me entregó Pedro fue satisfactorio. Pero Pedro seguía como que no hubiera pasado nada. Siempre atento, siempre solícito, siempre hermano. Ese era Pedro, hermanos, ése era el hombre de la delgada figura, ése que puso su sudor de obrero para fundirse con el sudor del obrero nica para lograr la victoria. Ese era Pedro, hermanos, el del fiero rostro, la hermosa sonrisa que quedó fresca, fresca en la tierra de los mártires, fresca en las mejillas de las indias de mi pueblo.

Y todavía, hermanos, tengo que contarles de la disposición del hermano, del hermano Pedro, que para mi, conocerlo y guardarlo en mi memoria es lo más hermoso, una honra que es plasmada con toda mi tierra liberada. Una vez sufrimos un ataque de la guardia. Estábamos en desventaja, la cadencia de fuego del enemigo era superior y yo esperaba un asalto, entonces ordeno sacar las ametralladoras pesadas, y una retirada escalonada de por lo menos 600 m. Yo le digo a Pedro que saque a la gente mientras yo contenía el fuego con Juanito y la compañera María. Al salir todos, a mi me entra rabia porque la guardia me hizo retroceder, me quedo batiendo, María y Juancito no me dejaron. Yo disparaba y mis ojos estaban llenos de furia. "César me gritó Pedro-, sal de ahí, la guardia empezó a morterear". "No -le digo-, andáte con la gente". "Sal de ahí César; que te van a matar de la manera más fácil". "¡No!" -le grité- ponete al frente de la otra gente y formá la defensa" -le dije-, mientras caían más morteros. "Ve César -me dijo- vos le podés dar más a tu patria, tus hombres tienen confianza, no le permitas a la guardia lo más fácil". Entonces le dijo María: "No Pedro, estos perros van a saber lo que son estos fales", y se armó otra vez el combate. Pero el susto más grande que me llevé fue que de pronto Pedro estaba a la par mía. "Bueno, hermano, o salimos todos o no sale nadie", me dijo, y su fusil comenzó a vomitar fuego.

Pero ahí estaba Pedro. Cuando cesó el fuego, dijo: "Bueno hermano, salgamos", y fuimos saliendo despacio, amparados a la sombra de la tarde que ya se estaba ocultando.

Formamos una nueva defensa, no teníamos bajas, todo estaba tranquilo, Pedro y yo sentados, entonces medité. Pegué mis ojos al suelo y le dije: "Disculpame, hermano, eso no debió pasar pero me sentí furioso". El me puso la mano en el hombro: "Te comprendo hombre -me dijo con esa voz suave que tenía-, pero te diré algo: si no hubiéramos salido... nos matan, pero ya pasó todo". El decía que me admiraba, pero a mi me daba pena porque en realidad yo lo admiraba, hasta incluso me daba confianza. Esa disposición, esa camaradería se fue puliendo de tal forma que yo sentía en mi interior una inmensa alegría...

Ese día lluvioso, un día que para mi marca uno de los momentos más dolorosos que he tenido, cuando nuestros cuerpos casi tapados por el agua y con barro en las caras, atacando al enemigo, a un metro casi de mi, estaba mi hermano Pedro y ahí fue alcanzado por las balas asesinas de la genocida Guar-

dia Nacional.

Ahí entregó su sangre el glorioso Pedro del Uruguay, ahí quedó con ese hermoso ejemplo internacionalista, ahí quedó en mi retina un gigante, un hombre, un revolucionario. Aquí, en mi Nicaragua, en mi patria libre, aquí quedó Pedro, aquí ama-
nece todos los días con la brisa fresca, aquí está pegado en la herramienta de la defensa y la producción, en el mercado, en mis barrios pobres, en la risa inocente de los niños de mi barrio, aquí, en la mirada dulce de la campesina, en los re-
cios brazos del obrero.

Aquí quedaste, hermano mío, en cada ojo, en cada flor, en el café, en estas calles, en Nicaragua.

Donde se combatió hasta vencer, y cada glorioso día de la revolución es un día más de tu hermoso sacrificio que me llena de emoción. Y se me hincha el corazón y pego un grito, grito que golpee los continentes, que lleve este ejemplo a los pueblos oprimidos, que se dé cuenta América Latina, y que sepa la Nación del Uruguay que uno de sus mejores hijos cumplió con el deber sagrado de todo revolucionario, como lo hizo el Che Guevara.

Gracias, hermano, gracias por tu generosa sangre. Mi tierra y los hijos de mi tierra te lo agradecen.

¡Gracias, hermano, gracias!, grito al mundo entero, que se da cuenta de tu heroica caída.

¡PEDRO EL URUGUAYO, PRESENTE!
¡Sandino vive, la lucha sigue!
¡Patria libre o morir!

José Benigno Cruz

Gladys Yanes



Hacia fines del 80 se supo que Gladys había muerto. La "primera pintora de artesanías", porque esa era su ocupación antes de ser detenida, ya no iba a agarrar más el pincel.

Excelente trabajadora, había sido también estudiante de Servicio Social, cuando dejó su San José natal para venirse a Montevideo. Allí, en tierras maragatas, la detuvieron por primera vez en 1975. Pero la soltaron.

Gladys tenía agudos problemas renales, y tenían miedo de que muriera en el cuartel.

Salió, fue a Montevideo, trabajó, militó... y en el 78 la detienen de nuevo. No aceptó la posibilidad de exiliarse y tratarse en el exterior...quiso quedarse acá.

Con su carácter apacible siguió resolviendo las tareas de finanzas. Por supuesto que en el Penal no atendieron a esos riñones enfermos, su dieta rigurosa...la reprocesaron en el 79...

Y así la seguimos recordando, tranquila, humilde,... no pudieron arrancarla de entre nosotros.

ujc

fa
